

Sobre Keynes y su tiempo

Jorge Vallejo M.

Profesor Departamento de Economía
Universidad del Valle

La historia suele ser irónica, paradójica y hasta juguetona con el destino de los hombres y de sus ideas. En 1883 se produjo uno de esos cruces que bien valdría resaltar para iniciar estas notas. Aconteció en Inglaterra.

En el cementerio de Highgate era enterrado sin pompa y en una tumba por completo anodina, muerto a la edad de 65 años, el autor de *El Capital*, el doctor Carlos Marx, renano de nacimiento, después de una agitada y no pocas veces paupérrima, vida material. Y en el elegante número seis de Harvey Road, en la académica ciudad de Cambridge, nació un nuevo miembro de la familia de John Neville Keynes. El hijo de ese próspero académico victoriano recibiría el nombre de John Maynard, en honor del abuelo. El abuelo había sido un acomodado hombre de letras que había legado a John Neville una discreta fortuna material. John Maynard nació en casa de gótico victoriano, bien provista de "servicio doméstico" (1).

Como sabemos, Marx había llegado al final de sus días sumido en la pobreza y en un casi total abandono. Su obra cumbre no fué terminada y a duras penas alcanzó a ver publicado el primer tomo de su trabajo.

El predictor de la muerte del sistema capitalista murió en la penumbra material. Cuando nació John Maynard, su familia disfrutaba de viajes por Europa, teatros y conciertos, libros y revistas. Todo esto haría que Keynes asistiese a los mejores colegios de Inglaterra (2).

Pero no es en este acontecimiento circunstancial donde se ubica el sentido irónico de la historia; es en el contenido de las ideas de esos dos hombres que jugaron papeles bien diferentes y que incidieron de manera antagónica sobre el siglo XX. Las circunstancias de la Historia quedan a merced de los estallidos nucleares y de todo tipo de accidentes; su sentido paradójico permanece siempre latente.

Marx afirmó que el sistema se vendría abajo a causa de sus internas contradicciones y Keynes se ocupó de otorgarle al sistema las mejores formas de solución a sus problemas, incluidos, desde luego, los de la paz y la guerra. Lo que no supo Keynes, también tiene que ver con las paradojas de la vida; Hitler aportó al grano de pimienta con su dosis de guerra basada en la teoría keynesiana (3).

En lo que va corrido del siglo XX, los nombres de Marx y de Keynes han tenido hartito que ver con el destino de los países y de los pueblos; de una u otra manera están inscritos en la historia del presente siglo y suponemos que serán recordados por algunas generaciones más, aunque por razones diferentes. Karl Marx supuso que el desarrollo tecnológico del capitalismo engendraría un proletariado industrial lo suficientemente culto para liderar la transformación de la vida; Keynes se destacó por su visión cortoplacista de todos los problemas relacionados con la existencia del hombre sobre el planeta, al punto de producir una de las citas más *ad-nauseam* que se recuerde en la disciplina: "A largo plazo todos estaremos muertos". Fue Sweezy quien aludió a la náusea. Marx provenía de la corriente clásica de la teoría del valor y Keynes consideraba clásicos a sus dos grandes maestros de Cambridge: Marshall y Pigou. Marx había sostenido que Petty era el iniciador de la corriente que conduciría hasta Ricardo, pero Keynes produjo una subversión algo más que lingüística al convertir la teoría económica en un instrumento práctico de la política de los países más avanzados del sistema.

Lo irónico en este caso tiene que ver con la idea. La idea de la libertad que sugiere *El Capital* no le calzó al bolchevismo y Marx se habrá revolcado nuevamente en su tumba con todo lo que se ha hecho en su nombre a lo largo de este siglo; Lord Keynes, el patriota patrocinador del ballet y de las bellas artes, tampoco se habrá sentido muy cómodo en su lecho mortuario.

La subversión keynesiana desplazó la teoría económica hacia la demanda y la *teoría económica clásica* pasó a esconderse en los reductos académicos como un quehacer de desocupados intelectuales. En otras palabras, con Keynes empezó la colonización de la política por parte de la economía y esa colonización es uno de los signos valorativos de nuestros tiempos.

La Teoría General vió la luz pública, por primera vez, en febrero de 1936 en Inglaterra y unos meses más tarde en los Estados Unidos. Esta obra es, como lo señala Galbraith, "profundamente oscura, mal escrita y publicada prematuramente" (4). En su contenido teórico se orientó directamente en contra de la Ley de Say utilizando un lenguaje novedoso: los términos de *demanda efectiva*,

propensión marginal y eficiencia marginal de capital adquirieron con él carta de ciudadanía académica y pase en las oficinas públicas. Schumpeter considera a *la Teoría General* como una obra maestra, repleta de sabiduría práctica, cruelmente lógica, auténticamente humana y proveniente de un sólido análisis (5).

Según J.B. Say, la economía respondía ante todo a los resortes templados de la oferta: era suficiente que un conjunto de artículos saliese al mercado para que con los ingresos provenientes de la compra-venta se pagase sueldos, salarios, intereses, renta o beneficio a un grupo de seres humanos que con dichas entradas demandaría a su vez otros productos mercantiles. Sostenía que lo que era válido para un artículo lo era para todos. Se trataba de una teoría de la producción sintetizada en una frase célebre: "La oferta crea su propia demanda".

Keynes revertiría los términos. Para él, sería la demanda el factor propulsor del equilibrio y se requeriría de un efectivo gasto público en calidad de "cuña" entre las tasas de interés del dinero y de los salarios, de suerte tal que el manejo monetario a cargo del gobierno indujese una mayor inversión y por consiguiente una más elevada capacidad de demanda por parte de la población trabajadora. Los ajustes serían temas de las políticas fiscales más que de las monetarias sin que importase la masa de dinero emitida por el estado. La pugna entre la tasa de interés y la tasa de salarios se resolvería siempre en favor del empleo, sin mayor importancia de la diferencia entre la tasa de ganancia del capital y la esperada tasa de interés por los ahorradores.

Keynes esperó del gasto público el milagro que resolvería los problemas de la acumulación capitalista, aunque tal vez sea importante recordar que en todo lo que hoy puede ser considerado como "Keynesianismo" el tema de la acumulación no fué ninguno de los problemas centrales para ser resueltos.

Sabemos que Lord Tilton alternó su vida intelectual entre las aulas universitarias y las oficinas del Estado, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos. En 1909 había merecido el premio Adam Smith de la Universidad de Cambridge por la publicación de su artículo "*El método de los números índices*" en una de las revistas técnicas más importantes, *The Economic Journal* revista de la cual llegaría a ser director seis años más tarde. Ya había entregado a la opinión un ensayo sobre la India, país al cual nunca viajó. En 1915 ingresó como funcionario al Tesoro Británico y de ahí hasta su muerte permaneció alternando su reputación en los centros de mayor prestigio académico y de mayor poder económico del mundo occidental (6).

La *Teoría General* introdujo en el pensamiento económico del siglo XX el tema del empleo bajo una connotación negativa: el desempleo estructural de buena parte de la población trabajadora. El problema del empleo vendría a ser tratado de una manera novedosa, por fuera de los alcances de la competencia y así mismo la cuestión del Estado recibiría un nuevo tipo de análisis como un medio interventor y regulador de esas fuerzas del mercado competitivo. En efecto, la *mirada* del desempleo se orientó hacia un tema que hasta el momento no había ameritado toda la atención que su naturaleza requería, esto es, el de ser visto como inherente al capitalismo, parte y fruto de él y su enfermedad más crónica.

En términos generales, podríamos decir que la economía de los países capitalistas avanzados que Keynes conoció, estudió y se esmeró en orientar arranca con el siglo y culmina con la derrota alemana, justo un año antes de su muerte. Hacia 1902, el joven Keynes terminaba sus estudios secundarios en Eton y encaraba la importante selección del college en donde debería continuar su formación universitaria. Lekachman nos informa de sus vacilaciones ante el King's y Trinity y de su opción por el primero, cuando en sus aficiones se perfilaba mejor la política que las matemáticas, al punto que llegó a ocupar la presidencia de la University Union Society por su brillo como polemista. En 1904 obtuvo un premio por un ensayo sobre las doctrinas políticas de Edmund Burke y de inmediato empezó a pensar más como administrador civil que como economista. Ya como estudiante de economía en Cambridge, se encontraría con Marshall, quien ocupaba la cátedra de economía desde 1885 y cuyos *Principios* constituían una *Nova et Vetera* teoría entre estudiantes y profesores; el aventajado estudiante Keynes calificaría a los *Principios* como un "completo sistema copernicano, en el que todos los elementos del universo económico se situaron en su puesto por mutuo contrapeso e interacción" (7).

En el capítulo primero del Libro Primero, Marshall sostiene que "la economía política o Economía es el estudio de las actividades del hombre en los actos corrientes de la vida, examina aquella parte de la acción individual y social que está más íntimamente ligada con la consecución y uso de los requisitos materiales de la vida". Se vuelve más explícito cuando afirma en el capítulo segundo del mismo libro: "La economía es un estudio de la Humanidad según ella vive, se mueve y piensa en los asuntos ordinarios de la vida; pero trata principalmente de aquellos móviles que afectan de un modo más intenso y constante la conducta del hombre en la parte comercial de la vida" (8).

Marshall sostuvo que las leyes económicas eran manifestaciones relativas a la acción humana bajo condiciones dadas y que la investi-

gación en ese campo del saber debía disponerse en concordancia con los asuntos de que se ocupa y no con los fines prácticos que se proponga o a los cuales sirve. Pero sin embargo, no ha existido en Economía un saber divorciado de fines prácticos por cuanto los asuntos de que se ocupa son eminentemente prácticos: el dinero, el más práctico de todos los asuntos económicos, nos lo recuerda desde su misma condición abstracta, como si fuese un buho hechizado. Símbolo o no, el dinero es la palanca que en nuestros tiempos mueve el mundo y todo lo iguala, ya sean aquellas cosas del alma o las del cuerpo; es el código de la justicia, de la política, del amor y de casi toda la cultura contemporánea... (“Lucífugo buho de mirar inverso/ de exótica risa, de canto confuso...”, decía de Greiff).

Y es en Keynes donde se encuentra el fin práctico de una teoría específica: la de prestar servicio para que se cumplan las “leyes económicas relativas a la acción humana bajo condiciones dadas” sin que la teoría se sienta atrapada entre su propia esencia y los fines prácticos a los cuales sirve, habiéndoselo propuesto o no. En eso Keynes modernizó el pensamiento económico para convertirse en el vigía atento que divisa las tempestades y los escollos para advertir a su capitán sobre los peligros. Trabajó bajo los gobiernos de Wilson y de Roosevelt, redactó un Manifiesto Electoral para un viejo amigo personal pero enemigo político, Lloyd George, fué miembro de Macmillan Committee on Finance and Industry y esperó siempre que la guerra de clases lo encontrase cerca o al lado de la burguesía cultua. Todo esto combinado con sus prodigiosos dotes como especulador financiero. Pero desde luego, su influencia visora se prolongó mucho más allá de su propia presencia directa y se hizo visible en los tiempos de Kennedy y aún se siente en América y en Europa (9). Y no olvidemos su destacada presencia en Bretton Woods.

La teoría económica Marshalliana venía de una fuente altamente impregnada de moralismo, —el moralismo escocés de Adam Smith—, e imbuída de un profundo sentido práctico y utilitarista: “La Economía considera la riqueza como un medio de satisfacer necesidades y como el resultado de esfuerzos”. Keynes partiría de la visión de su maestro para proponerle al capitalismo todo un programa de acción anti-cíclico y solutor de los problemas del desempleo; el programa partiría, ante todo, de una situación de desequilibrio (en oposición a Marshall) y llegaría a constituirse en un verdadero “asalto” contra la teoría clásica de los maestros ingleses. *La Teoría General* vendría a hablarnos de depresión, de paro, de inflación, de escasez de demanda y dentro de su nomenclatura, sugeriría términos del todo revolucionarios dentro del aula académica de origen insular. En el continente Walras y Böhm-Bawerk se ocupaban en esos momentos de temas relacionados con la teoría

positiva del valor... un asunto sin interés para el joven principiante del servicio.

Schumpeter sugiere una continuidad entre Locke y Mill en la influencia intelectual de John Maynard Keynes (10). La referencia puede ser vista desde varios ángulos ya que dispone de un fundamento sólido en lo que tiene que ver con el método filosófico y en lo atinente a las cuestiones que se analizan. Locke, según Bertrand Russell, obtiene una conclusión, por modesta que ésta sea, del examen de numerosos acontecimientos o hechos, de modo que su "pirámide conceptual" se asienta sobre terrenos firmes. Creía Locke en el principio del placer, en la "adoración" de la propiedad privada y en el "egoísmo ilustrado". Según Russell, "La escuela que debió su origen a Locke, predicadora del egoísmo ilustrado, hizo más por aumentar la felicidad humana y menos por aumentar la miseria humana que las escuelas que la despreciaban en nombre del heroísmo y la abnegación" (11). Keynes construyó su edificio conceptual a partir de los datos que le brindaba la realidad de la economía y de su entrelazamiento obtuvo los términos fundamentales para su elaboración analítica. El capítulo cuarto de su *Teoría* es una brillante exposición sobre el problema de la "elección de las unidades", uno de los problemas que más le estorbaron en la escritura de su reconocida obra.

La referencia a Mill tampoco es gratuita, pero más directa habría sido la mención de Bentham, la venerada momia de London College y posiblemente el más auténtico de los pensadores ingleses del siglo XVIII, toda vez que con un solo principio dibujó a toda la sociedad de la Revolución Industrial: el principio de la utilidad. Este principio fué la base de la legislación y el regulador de los asuntos sociales bajo una moralidad calvinista. Bentham, el "Newton del universo moral", según Lekachman, ejerció notable influencia sobre Ricardo y sobre Mill; su principio de utilidad... "el principio que aprueba o desaprueba cada acción, sea la que ella sea, en función de la tendencia que parezca tender a aumentar o disminuir la felicidad del lado en donde el interés se encuentre en cuestión"... domina el pensamiento económico inglés desde Smith (*Teoría de los Sentimientos Morales*) y conduce a Marshall "Las fuerzas éticas no deben pasar inadvertidas para el economista"...

John Stuart Mill, hijo de un amigo común de Bentham y Ricardo, el primogénito de una línea de nueve hijos, no alcanza a figurar en el índice de los diez grandes economistas de Schumpeter, tal vez porque este arranca del último de los grandes clásicos y termina su lista con Keynes.

Mill había sido partícipe de la conjunción de la economía y de las ciencias sociales en la misma línea que Ricardo: deducción antes que

todo. Mill sostuvo en sus *Ensayos sobre la definición de economía política y sobre los métodos de investigación que le son propios*, una cierta definición del hombre, un hombre en abstracto y lejano de la historia. La "Connection" de Schumpeter no parece equivocada, sólo que tendría que ser mucho mejor estudiada.

El mundo económico conocido por Keynes es el mundo de la crisis de producción, de recesión, crisis de circulación y crisis financieras. Según relata Galbraith, en las series estadísticas de los Estados Unidos se destacan más de 140 suspensiones de pagos bancarios en el año 1878, 493 en 1893 y 155 en 1908. La discusión política acerca de dinero de banco y la especulación desatada por generosas emisiones aún no acababa de producir todos sus efectos negativos: los préstamos bancarios pudieron alentar a los pequeños granjeros pero no lograron controlar la circulación de los greenbacks; el espectro de John Law seguía cubriendo la historia del dinero desde los principios del siglo XVIII hasta la época. En el año fiscal de 1861 los gastos del gobierno de los Estados Unidos eran de 67 millones, de 475 un año más tarde y llegaron a la astronómica cifra de 1300 millones de dólares en 1863; de esta última suma el déficit gubernamental era nada menos que de 1000 millones!. A esa suma no volvería el presupuesto sino por los gastos de la primera guerra mundial, en 1917. Según la historia del dinero del keynesiano profesor Galbraith (ya en 1861), "No se habría podido hacer mucho más con los bonos. El esfuerzo de venta (había) sido demasiado vigoroso e imaginativo y el dinero de los depósitos o tesoros escondidos, al ser invertido en bonos y gastado por el gobierno, hizo, como cualquier otro procedimiento nuevo, aumentar la demanda y, por ende, la inflación". El resultado de esto hizo que en el último cuarto de siglo terminara por imponerse el bando del dinero metálico con el inicio del retiro de los *greenbacks* a partir de 1886 y el descenso de la tasa de precios de los productos agrícolas que se vino abajo desde el 162 de 1864 hasta el 70 de 1879. El retorno al patrón oro se realizaría entonces con facilidad y los precios volverían a estar al nivel de antes de la guerra. Las naciones europeas habían adoptado el oro desde 1867 como el único lenguaje para sus propias transacciones pero no sería hasta 1900 cuando una legislación "cosmética", según el calificativo del propio Galbraith, confirmaría el compromiso entre el oro y la acumulación de monedas y de billetes" (12).

Los últimos años del siglo XIX son años de crisis, de quiebras y de disminuciones salariales; pero ante todo, son años de paro y de consolidación de gigantescos trusts; en 1865 Rockefeller fundó su imperio de la Standard Oil; Carnegie el suyo de aceros hacia 1890; Guggenheim y Mellon los de cobre y aluminio. El trabajo en serie redujo notablemente los costos de producción como no había acontecido a lo largo de toda la Revolución Industrial. El valor, la osadía y

la falta de escrúpulos hicieron que Estados Unidos se convirtiese en sólo veinte años, en la mayor potencia económica del mundo. A ello contribuyó que en el mismo período, 16 millones de inmigrantes europeos vinieron a habitar en el vasto territorio.

Lo cierto es que el mundo capitalista de las últimas décadas del siglo pasado y de las primeras del presente conoció una cierta palabra relacionada con el dinero: la palabra pánico. Pánico bursatil, pánico financiero, pánico de credibilidad y pánico en relación con las instituciones que tenían que ver con el manejo del equivalente general de cambio; oro y plata pasaron por sucesivas crisis tanto en Norteamérica como en Europa. En estas páginas no queremos ni podemos ahondar en el sentido de los ciclos monetarios que se agitaron sobre el mundo hasta el advenimiento de Bretton Woods; pero al menos no podemos dejar de anotar que el pánico siempre estuvo asociado con dos cosas: con las guerras interiores o entre naciones y con el desarrollo económico, tecnológico e industrial anteriores a la *Teoría General*. La Revolución Industrial no sólo transformó las condiciones de producción e intercambio en cada una de las naciones capitalistas sino que alteró a fondo las relaciones internacionales y todo el conjunto de las relaciones sociales. El pánico asociado al dinero no es más que el resultado de ese conjunto de cambios, de la misma manera como vendrían a serlo los temas del empleo y el desempleo de los seres humanos, convertidos desde entonces en pura y simple "mano de obra", en el "homo-oeconomicus" de la teoría de los grandes maestros de Keynes.

La Revolución Industrial cambió la faz de la tierra. En la Gran Bretaña, en el "punto más elevado de su carrera capitalista", tres o cuatro generaciones después de las innovaciones del vapor, el 77% de los 24 millones de habitantes se habían convertido en "manual labor class" (13). Hobsbawn relata con lujo de detalles la situación inglesa del siglo decimonónico y un narrador como Dickens nos presenta en todo su patetismo el drama de esas clases trabajadoras. No es necesario recordar a Engels. De una manera u otra, después de la Revolución, los estados europeos se encargaron de la economía como un gran deber. El período que transcurre a lo largo de la R.I. coincide con el argumento de los economistas de que mientras menos intervenga el estado, tanto mejor. Fueron los desaparecidos tiempos de la Mano Invisible. El *Laissez Faire* tuvo su momento culminante a lo largo del cambio de base del sistema de acumulación pero debió ceder ante el clima social y político de antes y después de la primera guerra mundial. Los economistas de Cambridge seguían, sin embargo, abogando por una economía no intervenida, evocando aquella "mano", como si nada hubiese transcurrido en el mapa de las actividades productivas y políticas. Contra ellos se elevaría la argumentación keynesiana.

El estado keynesiano es un firme agente del capital, provisto de dos armas fundamentales: el manejo del dinero, tasa y masa, y el gasto público discrecional; con ellas en la mano, vendría a constituirse en el gran timonel del capitalismo, tanto en épocas depresivas como de auge, a lo largo de la paz y de esos turbulentos tiempos de nuestras dos guerras mundiales. El estado keynesiano tiene a su cargo la inmensa responsabilidad de manejar el empleo de la mano de obra con las llaves maestras de la emisión monetaria y con el bisturí de las tasas de interés del dinero y de los salarios.

Como lo saben los economistas, el *Gobierno* constituye una dimensión novedosa a partir de los enunciados keynesianos. Antes de Keynes, no existían en los presupuestos ni los gastos de inversión ni los de funcionamiento y la teoría de la tributación aún se movía sobre las huellas casi invisibles de Smith. La variable "inversión" gubernamental constituye el mayor aporte del keynesianismo al saber económico.

Si el Estado gasta se propende al equilibrio. El Estado se erige así en el árbitro central de dos fuerzas en pugna: el trabajo y el capital. Antes de Keynes nadie había sugerido ese papel para el Estado. Los tributos de los ricos se convertirían en ingresos de los pobres, en procura de una mayor justicia social. Pero Keynes pensó siempre en países capitalistas avanzados y maduros, no en los subdesarrollados, y es por eso que los intentos de nuestros economistas keynesianos siempre patinan sobre el universo de la miseria y no logran la tan anhelada generación de empleo.

Hemos dicho algo acerca de su influencia en Colombia. Todos los hombres deben ser tributados al profesor Currie. El llegó a este país víctima del macarthismo histórico de la derecha norteamericana e hizo escuela entre las sucesivas generaciones de economistas de las universidades Nacional y de Los Andes. Llegó presidiendo una misión del Banco Mundial y elaboró el primer plan de desarrollo para este país. Currie sugirió una estrategia para resolver en un solo movimiento dos problemas: la cuestión de la miseria campesina y el problema del desempleo creciente en un país con alta tasa de crecimiento poblacional. La "Operación Colombia" y posteriormente "Las cuatro Estrategias" sugerían un Estado interventor y el enterrar y desenterrar botellas se tradujo en el hacer y organizar ladrillos. El sistema Upac nació de esa idea. La influencia de Keynes nos viene a Colombia por vía directa a través del profesor Currie, quien fué aplazado en su carrera académica por haberse atrevido a publicar un ensayo sobre las cuestiones centrales de la *Teoría General*, meses antes de que esta misma viese la luz pública. Galbraith recuerda esa anécdota.

¿Se puede hablar de una "era" keynesiana? Estas líneas no creen en eso. En un ensayo acerca de Schumpeter, Herber Giersch (14) propone más bien que ahora vivimos en la era del economista austriaco. Pero a lo mejor tampoco es por ahí la cosa. Una era define y marca un período cronológico bien caracterizado en sus signos. Es más, en los tiempos modernos las eras se nos han convertido en mitos de la memoria y en recuerdos de lo que tal vez nunca aconteció. Se podría afirmar que la Teoría Económica *nunca* se ha planteado la cuestión de las Eras y que su mira se ha centrado en problemas como aquellos del *valor* y de la *riqueza*; y eso no sería muy atrevido. Los límites de la disciplina nos impiden el vuelo del pensamiento y por mirar el dedo que apunta a la luna no observamos el astro. Keynes vivió y pensó tan sólo en un momento fugaz de la sociedad actual; su filosofía se quedó encerrada en el conocido "corto plazo" y la estructura de su obra no se propuso la reflexión acerca del hombre sobre la tierra. Pero ese no es el problema de Keynes; ese es el límite de lo que conocemos como Teoría Económica.

Es bien conocida la crítica al corto-placismo keynesiano. Don Patinkin al examinar la cuestión del cumplimiento de las expectativas racionales planteado por Keynes, recuerda el capítulo XII de la *Teoría* sobre las expectativas de largo plazo en donde afirma que para poder hacer algo positivo en materia de decisiones a largo plazo debemos tomarlas como el resultado de "animal spirits" y que no existen bases científicas para proceder con el conocimiento de promedios sopesados entre beneficios cuantitativos y probabilidades (15). Para hacer esta afirmación Keynes recordó su *Tratado sobre Probabilidades*. Los límites para un procedimiento científico, en este caso, se relacionan directamente con el problema de las probabilidades a L.P. y no con la estructura misma del sistema capitalista ni con sus tendencias actuales. Y esas tendencias deben ser meditadas como un problema económico, como un coeficiente tecnológico entre el capital y el trabajo; una de ellas es la de automatización del proceso productivo; otra tiene que ver con las formas de consumo y las ideologías implícitas en el consumo; una tercera se refiere al eco-sistema.

Lekachman cita *The Age of Automation* de Daniel Bell. "La automatización es un proceso que sustituye las tareas humanas por operaciones programadas cuyo control se realiza por medio de máquinas. Puede decirse que es el fruto de la cibernética y de los computadores. Es decir, los trabajos de naturaleza semi-rutinaria y las tareas que requieren decisiones muy sencillas por un obrero durante el proceso de fabricación son asumidas por servomecanismos, mientras que el flujo secuencial del trabajo es programado por un computador para regular cada paso de la operación. O, si es una

oficina, las las tareas de registrar, trasladar o recuperar información, en otros tiempos realizadas por laboriosos oficinistas utilizando un sistema de archivos, son ahora efectuadas directamente por un computador" (16). Bell escribió esto en 1965 y Lekachman lo cita en 1970. ¿Qué podríamos decir sobre esto a sólo tres lustros cortos del fin del presente siglo?

El profesor Edgar Vásquez, de la Universidad del Valle, escribió recientemente un breve ensayo sobre *Tecnología y Sociedad* que nos vamos a permitir presentar de manera resumida (17).

Sabemos que el hombre siempre ha vivido dentro de un sistema tecnológico y que, a lo largo del pensamiento social, se creyó que los avances de la tecnología redundarían en el mejoramiento de la calidad de la vida y en la liberación de tiempo para las actividades del espíritu. Bacon así lo pensó y los socialistas utópicos del siglo XIX también. Marx creyó que el desarrollo de las fuerzas productivas conducirían al hombre del Reino de la Necesidad al Reino de la Libertad, a punto tal que el hombre gobernaría armónicamente a las fuerzas de la naturaleza para su propio beneficio y para la conservación de la misma; pero lo que sorprende del aparato tecnológico contemporáneo es que todo sucede a la inversa: el hombre es esclavo de la técnica en todos los ámbitos de su vida. "En todos sus ámbitos de existencia el hombre estará cada vez más firmemente cercado por las fuerzas de la tecnología. Estas fuerzas que por todas partes y en todo momento exigen, encadenan, presionan y se imponen al hombre, bajo la apariencia de alguno que otro artificio técnico, estas fuerzas... lo han llevado hace mucho tiempo lejos de su propia voluntad y han hecho disminuir su capacidad de decisión" (Heidegger, "¿Qué significa pensar?"). Más allá de la fábrica, todos los niveles están contaminados: el comercio, la banca, el Estado, el sistema vial, el transporte, las comunicaciones, la recreación, los procesos contables, la educación. La contaminación se ha infiltrado hasta en las relaciones amorosas (una persona se puede inscribir en un sistema de archivo computarizado que confrontará sus datos para buscar aquellos de la persona "compatible"), para no hablar del control policial de los ciudadanos y de los grupos civiles.

Hoy se habla de una "mega-tecnología" basada en la robótica totalmente desplazadora de mano de obra; un aparato de estos puede licenciar a cinco o seis personas en aras de la reducción de los costos salariales y de los sociales que implica el sindicalismo y las personas que hablan y preguntan. Las palabras y las preguntas son molestas. Y, en general, esta carrera contra el tiempo en la cual la competencia geo-política tiene como puntas de lanza el desarrollo nuclear y el de las industrias militares, descansa sobre la paranoia

militarista y expansionista de los grandes polos de poder político y económico.

Estamos justo en el largo plazo y la reflexión económica debe encarar sus objetivos con una mirada diferente y posiblemente fundamentada en una ética filosófica que indague acerca del porvenir de la humanidad sobre la tierra; los recientes desastres nucleares nos lo recuerdan con patetismo.

Pero en donde tal vez con mayor energía se nos presentan los grandes cambios del "objeto" del pensamiento económico es en la cuestión del consumo. ¿No estamos en la "era" del consumo? "Toda oferta crea su propia demanda", decía Say. Hoy podríamos traducir su ley en otra expresión: "toda imagen publicitaria y toda moda crean una demanda específica" movilizándolo así, no sólo al aparato productivo sino también todos los resortes del dominio social. Según Jean Baudrillard, "Por oposición al sistema de competencia, el *consumo* se instituye en el sistema monopolista como control, abolición de la demanda en su contingencia, socialización dirigida por el código (de la cual la publicidad, la moda, etc., no son sino sus aspectos espectaculares)... Así el consumo, que caracteriza la era monopolista, es algo muy diferente de la fenomenología de la abundancia: significa el paso a un modo de control estratégico, de anticipación provisional, absorción de la dialéctica y homeopatía general del sistema por sus propias contradicciones" (18). Un ejemplo dramático nos lo proporcionan los juegos electrónicos con que se divierten niños y ancianos en todos los países capitalistas avanzados y no avanzados, la infinitud de aparatos domésticos que aceleran la vida, los cosméticos, las ropas de "marca", etc. etc.

Y el último aspecto concierne a la cuestión ecológica. En este breve ensayo sobre Lord Keynes no podemos dejar pasar desapercibida esta cuestión fundamental del largo plazo de la economía contemporánea, cuestión que el análisis de corto plazo dejó olvidada por completo. En "*Crecimiento económico y las primeras dos leyes de la termodinámica*", un breve ensayo escrito por el profesor Reiner Kümmel, del Instituto de Física de la Universidad de Würzburg (19), encontramos el siguiente brillante resumen acerca de la conexión entre la física y la economía: "Tomando en cuenta de manera adecuada las dos primeras leyes de la termodinámica, tiene que ser vista la energía en la teoría del crecimiento económico como el factor de producción, que con el crecimiento de la industrialización y de la automatización, sustituye e integra en creciente medida los factores del capital y del trabajo. El concepto del factor de producción tierra es generalizado en el factor tridimensional de "espacio" cuya función adicional consiste en la absorción de la creciente polución ambiental. De la ley económica de la disminución del

aumento de la producción se puede tener entonces que, a partir de un momento dado, por limitación del espacio de la tierra y aferramiento a la tecnología ligada a la tierra, un incremento del empleo de energía tenga solamente como consecuencia una disminución del crecimiento de la producción total. El único camino posible de crecimiento conduce al espacio interplanetario".

El problema puede ser visto de una manera sencilla. Si aceptamos el *Génesis*, podríamos aceptar que Dios le cedió al hombre la responsabilidad de administrar la naturaleza y que de ello debería en su momento rendir cuentas ante su Creador; si no lo aceptamos, tendremos que creer materialistamente en los límites de la naturaleza y observar los cambios producidos sobre la faz de la tierra a lo largo del tiempo. Como decía un alquimista medieval, Banhius Velentinus, "La tierra no es un cuerpo muerto, sino que está habitada por un espíritu que es su vida y su alma. Todo lo creado, incluyendo los minerales, extrae su fuerza del espíritu de la tierra. Este espíritu es la vida, es alimentado por las estrellas y nutre a todas las cosas vivas que cobija en su vientre. A través del espíritu recibido de lo alto, la Tierra incuba los minerales en su seno como la madre a su hijo no nacido" (20). Podemos también en la material vida cotidiana, limitarnos a respirar los aires contaminados, ver las sequías e inundaciones, vestirnos con ropas derivadas del petróleo, alimentarnos con productos enlatados con elementos químicos dañinos para el organismo, etc. De una u otra manera el drama está planteado. 210 años antes de Cristo, Tertuliano escribió:

"Acabáronse las islas de temidas playas rocosas: por todas partes hay casas, pobladores, gobierno estable y vida civilizada. La fecundidad de nuestra gente es la mejor prueba: el mundo se ve agobiado por miríadas de seres cuyas necesidades son cada día mayores y sus quejas más amargas, mientras la naturaleza exhausta es incapaz de ofrecernos nuestro habitual sustento" (21).

Es claro que el mundo geográfico de Tertuliano no es el mundo de hoy pero también es posible que, bien ubicados en el tiempo cósmico, estemos viviendo la misma situación, más extrema, miles de años antes de que se inaugure una nueva era.

Esta es nuestra crítica al corto plazo; si la Teoría Económica pretende volar y trascender, debe reubicar su objeto e intentar inscribirse en una ética filosófica. Hemos conocido muchas variantes en la Historia de las Doctrinas desde que Quesney constituyó la primera "escuela" pero hasta el momento no disponemos de un status epistemológico que nos permita la reflexión sobre el tiempo. Los economistas seguidores de un Fritz Schumacher o los seguidores de un Ghandi nos invitan a pensar en la cuestión de la "escala humana" de la producción y de la vida pero son aún voces demasiado

aisladas y casi por completo carentes de poder. Son miradas perdidas dentro de la multitud o voces apagadas por el ruido de la megatecnología.

Una visión de largo plazo y necesariamente ecológica será la puerta de entrada del saber económico al acopio de conciencia que el hombre tiene sobre sí mismo. Para ello tendrá que acudir a otras ciencias (a la física, especialmente), a la filosofía, al arte y a la esperanza.

NOTAS

1. Citado por Sir Harrod, Roy, "The Life of John Maynard Keynes". En: Lekachman, Robert. **La Era de Keynes**. Madrid. Alianza Editorial S.A. 1970. pp. 21 y ss.

2. Lekachman, Robert. **Op. Cit.**, p. 23.

3. En: Galbraith, J.K. **El Dinero**. Barcelona, Orbis S.A. 1983, pp. 205 y ss., encuentra este mismo punto de vista atribuido a Joan Robinson. Como se sabe, a mediados de los treinta, la política alemana nazi incluía créditos en gran escala orientados, inicialmente, hacia obras civiles (ferrocarriles, canales y grandes autopistas). La cuestión del desempleo fué resuelta con técnicas de pico y pala, justamente en la antesala de la segunda guerra mundial.

4. Galbraith, J.K. **Op. Cit.** p. 205.

5. Schumpeter, J.A. **Diez Grandes Economistas, de Marx a Keynes**. Madrid. Alianza Editorial.

6. El matrimonio de estos dos poderes es cada día más poderoso. El tercer Reich y Hitler nos proporcionan un ejemplo que no podríamos dejar a un lado en este ensayo. En julio de 1939 se celebró en Berlín una fatal conferencia: cierto número de los más representativos médicos siquiátras alemanes, incluidos entre ellos algunos Jefes de Departamento de las Universidades de Berlín, Heidelberg, Bönn y Würzburg, se reunieron para discutir un proyecto trascendental: el asesinato en masa de todos los pacientes siquiátricos de Alemania. Existe información que muestra a los médicos alemanes supervisando la eliminación de niños a causa de alguna deformación de los oídos o por orinarse en la cama. (Ver Chorover, Stephan. **Del Génesis al Genocidio**. Madrid, Blume Editores, 1981, pp. 137 y ss.) Cuando la Academia se ha sometido al poder se ha pervertido el conocimiento y desafortunadamente no son pocos los casos de ese matrimonio; los mismos sabios alemanes que trabajan en la bomba atómica bajo Hitler pasaron de sus respectivas academias a los centros en ensayo de Moscú o de los Estados Unidos.

7. Marshall, Alfred. **Principios de Economía Política**. Madrid, M. Aguilar Editor, 1948. La cita de Keynes se encuentra en la primera página de la Introducción escrita por Manuel de Torres. Los problemas de la reforma de valor de la moneda fueron tratados

por Copérnico dos siglos después de Nicolás de Oresme y fué un proceso de abstracción que concentró la atención en el sistema de unidades utilizando. Ver Crombie, A.C. **Historia de la Ciencia: De San Agustín a Galileo**. Vol. I. Madrid. Alianza Editorial, 1974, p. 169. Pero, ¿qué tan justa o afortunada puede ser la referencia a Copérnico como para situar a Marshall en ese universo económico? No sabemos si el joven estudiante de Eton conoció a Einstein, Faraday, Maxwell o a los restantes precursores de la física subatómica, pero cuando los polos se juntan en una perspectiva aristotélica, los universos, de cualquier tipo, asumen más bien una naturaleza mítica y panteísta que material o humana. Cfr. Koyré, Alexander. **Estudios Galileanos**. Madrid, Siglo XXI Editores, 1981, pp. 153 y ss.

8. Marshall, Alfred. **Op. Cit.**

9. Su influencia llegó pronto a América Latina y a Colombia. La **Introducción a Keynes**, del profesor Prebisch, tuvo su primera edición en 1947 y en 1965 había llegado a su quinta edición. En 1949 llegó a Colombia el profesor Currie dirigiendo una misión del Banco Mundial. Una nota muy especial merecería el profesor Currie. Galbraith, quien había sido llevado por Lauchlin Currie para que revisara las experiencias en materia de obras públicas para la Junta de Planificación de Recursos Naturales en los Estados Unidos, relata un pie de página los avatares de Currie cuando cayó en las garras de los persecutores de comunistas o amigos de los comunistas. Currie no era ni lo uno ni lo otro. En otra parte volveremos sobre la influencia de Keynes en Colombia.

10. Schumpeter, J.A. **Op. Cit.**

11. Russell, Bertrand. **Historia de la Filosofía Occidental**. Madrid, Espasa Calpe, 1978, pp. 173 y ss.

12. Cuando Galbraith califica de cosmética a esta legislación, debió pensar, sin duda, en el mismo año en el cual Friedman encuentra los orígenes del patrón oro en los E.U.: 1897, cuando el retorno de los tan anhelados precios buscados por los granjeros a través de la plata, se logró con el prodigioso incremento del oro monetario internacional. Según Friedman, con ese fenómeno se cerraría el tema del "dinero" del centro de la controversia política de esa nación. Ver, Friedman, M.Y. y Jacobson Schwartz, Anna. **A Monetary History of The United States 1867-1960**. Princenton. Princenton University Press, 1963, p. 119.

13. Hobsbawn, F.J. **Industry and Empire**. Middlesex, Penguin Books, 1969, pp. 225 y ss.

14. Giersch, Herbert. "The Age of Keynes". **The American Economic Review**. San Francisco, Mayo de 1984, p. 105.

15. Patinkin, Don. "Keynes and Economics Today". **The American Economic Review**. San Francisco, 1983, p. 100.

16. Lekachman, Robert. **Op. Cit.**, p. 238.

17. Vásquez, Edgar. "Tecnología y Sociedad". **Revista de la Universidad Nacional**. Medellín.

18. Baudrillard, Jean. **El Espejo de la Producción**. Barcelona, GEDISA, 1983, p. 135.

19. Kummel, Reiner. "Crecimiento Económico y las Dos Primeras Leyes de la Termodinámica". **Boletín Conmemorativo de los 20 años del Departamento de Física de la Universidad del Valle**. p. 21.

20. Citado por John Michel, "La Visión Ideal del Mundo". En: Varios Autores. **Para Schumacher**. Madrid, Blume editores, 1980, p. 120.

21. Laing, R.D. "Qué ocurre en la Mente?". En: Varios Autores. **Op. Cit.**, p. 20.